

Salomón Lerner

La persona como esencia de la comunicación Discurso inaugural

Rector de la
Pontificia Universidad Católica del Perú

diálogos
de la comunicación

A menudo se oye decir que la sociedad contemporánea no sería posible sin el poder de las comunicaciones. Y en efecto ello es así; innegable que el mundo, que de algún modo hemos configurado, se sustenta en la capacidad técnica de transmitir e intercambiar información abundantísima en tiempos mínimos; mas este fenómeno, ciertamente impactante, cualitativamente no es sino la expresión más sofisticada de la naturaleza intrínsecamente comunicativa de los hombres y por tanto de los grupos sociales. No debe olvidarse, entonces, que reflexionar en torno a las comunicaciones no se reduce a un repaso sobre las cuestiones técnicas que se ofrecen como novedad dentro de una profesión; an-

tes de ello es más bien dirigir la atención hacia un asunto de carácter esencial, metafísico y ético y que es imprescindible para la comprensión del hombre en su irrenunciable carácter de ser, a la vez personal e histórico.

En efecto, el acto comunicante mismo nos habla de un fundamento comunitario por el cual el hombre construye su identidad. A través del lenguaje, cuya materia no es únicamente el hecho verbal, la dimensión íntima de las personas entra en relación y propicia una puesta en forma de la realidad generando aquello que solemos llamar mundo. El hombre que habla es también el hombre que es hablado por el lenguaje, pues éste, como afirmaba Heidegger, es casa del ser y abrigo de la esencia de lo humano.

Así pues, la comunicación, hecho actual e histórico, es dimensión constitutiva de nuestra más íntima naturaleza y camino que conduce a una ajustada comprensión tanto de lo ya acaecido como de los proyectos que sustentan y dan sentido al porvenir.

Dicho lo anterior, y reflexionando sobre la hora presente, surge una cuestión crucial que ha de ser discutida por las disciplinas humanísticas y más específicamente por las que trabajan en el ámbito de las comunicaciones: ¿Cuál es el signo particular de la comunicación en nuestros tiempos? Si bien la comunicación ha acompañado a la humani-

dad a lo largo de su devenir, gestando así la historia, ¿qué características tiene este fenómeno hoy, al punto de atraer de modo irresistible la atención sobre él? La respuesta podemos hallarla sin duda en la manera en que la comunicación, gracias a los prodigios tecnológicos, pareciera haberse vaciado de sus raíces esenciales para ofrecerse como instrumento ágil y brillante que buscando sólo informar deslumbra por la inconmensurabilidad de los datos que transmite y la reducción de la textura del tiempo a los límites del instante. Expresado de otro modo, el fenómeno comunicativo pareciera haber sucumbido a los instrumentos que utiliza y ello de tal modo que este giro, justamente por su radicalidad, se ofrece inaparente. Resulta así que la instrumentalización implica no sólo una amplitud cuantitativa (referida, por ejemplo, a la velocidad y calidad de la información, al número mayor de emisores y receptores), sino también una gran transformación cualitativa, que puede cambiar la imagen que el hombre se hace de sí mismo y generar la constitución de nuevas formas de interacción social.

La masificación de los medios poseería entonces consecuencias que van mucho más allá de la mera posibilidad de alcanzar a un alto número de personas; resulta también en modos inéditos de construir nuestra relación con nuestro entorno. Así, por ejemplo, los

mensajes dirigidos a una gran masa de público no sólo presuponen, sino que fomentan una imagen homogénea de sus espectadores, sobre quienes se proyecta un flujo de valores que ponen en crisis las viejas fronteras de lo local y de lo familiar. Pero además, el mismo concepto de alta cultura, que se creía alejado de la influencia de la masificación, se halla resentido.

Si en los albores de la modernidad la élite culturalmente privilegiada estaba vinculada con la escritura, hoy la cultura se inclina a privilegiar los llamados lenguajes multimediatos, en los cuales muchas veces no hay espacio para la reflexión y el paciente raciocinio. Como consecuencia de ello, la formación de la persona de nuestro tiempo, especialmente en los centros urbanos, no puede comprenderse ya sin este amplio entorno en el que, de modo inevitable, un lado del circuito se encuentra en situación privilegiada. Se configura así un estilo de relación por el cual el sujeto es comprendido desde las categorías de un ethos del consumo extendido aun al terreno de los valores culturales. Nunca como antes se ha sentido tan próximo el riesgo de que pequeños grupos corporativos se encuentren en capacidad de influir en nuestras percepciones y nuestros juicios sobre el mundo. Por eso mismo expresiones como las «armas» de la comunicación y la «guerra» informativa han de-

jado en cierto modo de ser metáforas. Y la lucha ideológica -que alguien decretó finalizada- siempre vigente, se insta en el terreno de lo cotidiano y así disfrazada busca introducirse en la conciencia y en los actos de todos los hombres.

No considero necesario abundar, mucho menos ante un auditorio de expertos, en torno a la enorme influencia que sobre la información de la cultura han cumplido medios como la radio y la televisión a lo largo de este siglo. Sin embargo, pienso que esta ocasión me da la oportunidad de hablar en nombre de quienes observamos con expectativa crítica las consecuencias de la revolución informática. A los ojos de quien no se halle prevenido, pareciera que hoy vivimos, gracias a los procesos cibernéticos, y específicamente al Internet, un momento superior de las comunicaciones. En efecto, frente a la actitud pasiva y la comunicación unidireccional que la televisión propicia -y la UNESCO nos habla de 1,350 millones de televisores en el mundo- la informática nos conduciría por los caminos de la interactividad en el que las opciones se multiplican y la equidad se impone. La verdad es que tendríamos que reflexionar sobre tales opciones. Bien sabido es que información no es necesariamente conocimiento; que la interactividad no supone una relación de simetría entre quienes comunican pues cada persona halla los límites

de su lenguaje en las determinaciones colocadas por la máquina; que la equidad puede ser sólo una apariencia detrás de la cual se agazapan los intereses más diversos que buscan afirmar la dependencia necesaria para la consolidación del poder. Son éstas, posibilidades que por supuesto bien pueden y deber ser contrapesadas. Ello será posible si no confundimos medios con fines, datos con saber, el instante con la larga duración, la opinión con la reflexión, el capricho con la libertad. Si resituamos la técnica en su lugar natural como prolongación de la ciencia y entendemos a ésta -no importa de qué ciencia se trate- como nacida del hombre y al servicio del hombre, si la neutralidad axiológica de los medios en su dimensión operativa la contagiamos de una mirada superior que nazca de una ética solidaria y responsable; entonces, sin una renuncia miope a los logros alcanzados, podremos, a través de su recto uso, no sólo soñar sino comenzar efectivamente a plasmar una humanidad mejor y un mundo realmente unido.

Quizá porque uno de los rasgos propios de la tecnología sea su inevitable semejanza con Jano, el dios de los dos rostros, los debates sobre el papel de las comunicaciones para la sociedad presente y futura se resumen a la larga en mostrarnos los detalles de cada uno de los caminos de esta encrucijada. Es claro pues que hoy carece de sen-

tido rechazar los aportes de la tecnología informática, pero ello no hace sino invitarnos a una meditación más profunda: cómo dirigir su uso, de qué modo hacer de ella un medio comunicante por el cual la persona recupere un papel activo y reflexivo en la configuración de sus valores y su identidad como miembro de una comunidad.

La sociedad de la información se encuentra ante la posibilidad de convertirse en una sociedad de consumo, pero ello sólo será posible en tanto se fomente un uso inteligente y crítico de los instrumentos tecnológicos. Por ahora, la revolución informática, habiendo ya producido un impacto significativo en la sociedad contemporánea, está todavía muy lejos de haberse convertido en la gran red democratizadora de la información y la opinión mundial. Sin embargo, no constituye ninguna falsa ilusión la expectativa de hacer de los medios un verdadero espacio público que represente de un modo más justo los intereses de los diversos grupos sociales, que permite a todos y a cada uno de los hombres una mayor y mejor comprensión de su singular naturaleza, que revierta las tendencias homogeneizantes y que brinde nuevos terrenos para la afirmación de las culturas regionales.

Los ámbitos para la reflexión son, pues, sumamente vastos. De allí el papel esencial de la Universidad y dentro de

ella el de la investigación. A través de ésta no sólo se examinan hechos e ideas, sino que la conciencia se cuestiona y así, vuelta sobre ella misma, se autodetermina. Por eso investigar implica finalmente interrogarse sobre el mismo hombre y su conducta, preguntarse por su fundamento y sentido últimos y así colocarse de modo honesto en los terrenos de la eticidad.

Estoy seguro de que las conclusiones que nos alcancen los expertos que participan en este encuentro orientarán convenientemente las actividades que las universidades latinoamericanas están llamadas a cumplir en el tema de las comunicaciones a inicios de un nuevo milenio. Con tal convicción y en nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú, que se complace en su papel de anfitriona, me es grato declarar inaugurado el Seminario Internacional sobre Tendencias de la Investigación en la Comunicación en América Latina.